



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



IX – Jaque al rey de Roma

10 – El infame señuelo

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 9
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

IX. 10 – El infame señuelo

“... En El infame señuelo, que da título ha este nuevo relato, se nos cuenta de cómo el maldito monje Yauán tiende una nueva trampa a El-Zâher Baibars; una endiablada treta para atraerle hasta las tierras francas de El Príncipe, con el objetivo de apresarle y cortarle la cabeza. Recordemos que Baibars, camuflado con las vestiduras de los francos, había salido de Damasco, y se había puesto en marcha, acompañado por los capitanes fidauiis Ibrahim y Saad, para acercarse hasta Trípoli y verificar si era cierto lo que un excautivo le había contado, de que en las tierras de El Príncipe sujetaban bajo el mismo yugo a un musulmán con un buey para labrar la tierra... En el episodio anterior, dejamos a nuestros tres protagonistas comiendo y charlando tranquilamente en un figón de Trípoli, ignorando que el dueño del chiringuito hablaba árabe y que, al oírles hablar, les reconoció, yéndose rápidamente a informar al malvado Yauán. Éste, ante la buena nueva, ya se frotaba las manos al ver que su ignominioso señuelo había dado el resultado que buscaba; pero, con lo que no contaban ni Yauán, ni El Príncipe, era con que...”



El narrador prosiguió su relato de este modo...

Sabed, nobles y generosos señores, que el origen de todo este asunto era el mismísimo Yauán; de él fue la idea de vender a los cautivos como bestias de labranza. Y es que... cuando el sultán El-Zâher le liberó, como os he contado anteriormente, partió, acompañado de su condenada alma gemela, Bartacûsh, en busca de una nueva sedición que fomentar, pues era incapaz de quedarse quieto, sin experimentar de inmediato atroces picores. Había recorrido todos los reinos de los francos, incitando a los reyes a que organizaran una campaña contra los musulmanes; pero sus interlocutores, escarmentados ante sus numerosos fiascos, rechazaron sus incendiarias prédicas, y en cuanto le veían venir, le despedían amablemente.

– Qué le vamos a hacer, *abbone* –le decían para disculparse–, nosotros no tenemos fuerzas suficientes como para enfrentarnos al rey de los musulmanes.

Desesperado ante las negativas, Yauán acabó por llegar a Trípoli, en donde su *babb*, El Príncipe, le brindó una calurosa acogida, alojándole en su casa y tratándole con toda consideración.

– Tu llegada es una bendición para nosotros, *abbone* –le dijo El Príncipe–. ¿Qué buen viento te ha traído por aquí?

– *Figlione*, he venido a decirte que si pretendes recibir la recompensa prometida a aquellos que agradan a mis santos ancestros, habrás de reunir a tus tropas para invadir las tierras musulmanas.

– ¡Por mi religión, *abbone*, yo no doy la talla como para medirme con los musulmanes! –le respondió evasivo El Príncipe.

– Pero, *figlione*, ¿de qué tienes miedo? Yo dispongo de una estratagema infalible para capturar al *rey*, ponerlo a tus pies, y que hagas con él lo que quieras...

– Si eso es así, *abbone*, ¡en cuanto caiga el rey de los musulmanes en mis manos, yo pasaré al ataque, a mayor gloria de la religión de los *Cristiani*! –prometió El Príncipe, entusiasmado por esas falaces promesas.

– Muy bien –aprobó Yauán–. Ahora, si quieres capturar al *rey*, vas a comenzar a pregonar por toda la ciudad que todos aquellos que posean un cautivo musulmán vengán a traérmelo aquí sin tardanza.

El Príncipe promulgó en el acto un decreto que los pregoneros se encargaron de propagar entre toda la población:

“Por orden del babb y del rey pappa Yauán, pilar de la cristiandad, se hace saber que: todos aquellos que posean un cautivo musulmán, se han de presentar con él de inmediato en el palacio real. Cualquiera que se niegue o retrase en obedecer este decreto será castigado”

La gente de Trípoli se aprestó a cumplir las órdenes del rey, conduciendo a sus cautivos ante el palacio. Cuando todos estuvieron reunidos, El Príncipe se fue a buscar a Yauán.

– Bueno, *abbone*, y ahora ¿qué hacemos? –le preguntó– Todos los cautivos están aquí con sus propietarios.

Cuando supo esto, el maldito fraile bajó al patio de armas, y avanzó entre el gentío de francos, que, arrodillados y habiéndose quitado por respeto sus gorros, se empujaban unos a otros a su paso: los más afortunados conseguían besarle los pies y las manos; mientras que los demás, debían contentarse con tocar los bajos de sus hábitos y llevárselos a la frente, con la esperanza de recoger así su bendición. Yauán, una vez hubo llegado al centro del patio, tomó la palabra, con su voz tonante y nasal, como el rebuzno de un asno, y les endosó esta perorata:

– *Ghandars*, ¿alguno de vosotros desea comprar huertos y vergeles en el valle de Saqar¹, cerca de la residencia de Asfût, y obtener así las bendiciones de los curas, los patriarcas y los obispos, y la gracia de mis santos ancestros, los bienaventurados Patiño, Cufiño, Chicotiño y Sacaviño?

– Te los suplicamos, *abbone*, ¡véndenos todo y nosotros te quedaremos obligados de por vida! –gritaron los francos todos a una. Nosotros te daremos cuantos ducados de oro nos pidas.

– *Figlioni*, no es oro lo que yo quiero a cambio, sino que todos los que posean un cautivo musulmán, me lo den por el amor a Nuestro Señor el Cristo, y yo les garantizo, a cambio, un terreno de diecisiete *arpentes* bajo los huevos de mi padre Asfût. Allí podréis labrar, sembrar y cosechar sin pagar ni regalías, ni atrasos, y además quedaréis exentos de abonar los diezmos.

– ¡Toma nuestros cautivos, *abbone*! Y si quieres, ¡llévate también a nuestros niños, a nuestras mujeres, nuestros bienes y hasta nuestras vidas! Lo único que te pedimos a cambio, es que ruegues por nosotros.

– Que Cristo, nuestro Señor, derrame sus bendiciones sobre vosotros, y que la Santa Virgen, madre de la luz, os conceda su protección; que mis ancestros pongan sobre vuestras cabezas su benefactora mirada y que no os excluyan del valle de Saqar, ni a vosotros, ni a vuestros padres, ni a vuestros abuelos. Amén.

– ¡Amén! –gritó a coro toda la gente.

Una vez se hubo dispersado toda la muchedumbre de francos, dejando a los cautivos en el patio del palacio, Yauán se volvió hacia El Príncipe.

– *Figlione*, ahora necesito que me reserves un zoco en donde pueda vender a estos musulmanes, y en el que sólo se autorice la entrada a los campesinos que se ocupan de labrar la tierra y sembrar el grano.

– A tus órdenes –asintió El Príncipe.

En el acto, dio la orden de evacuar uno de los zocos de la ciudad. Yauán condujo allí a los esclavos, en donde se instaló acompañado de Bartacûsh. Secundado por éste, que hacía las veces de tratante, se dispuso a vender aquella mercancía humana a un precio humillante: a razón de un ducado de oro por cabeza. Naturalmente, los campesinos de los pueblos de alrededor llegaron en avalancha, escogiendo cada uno el cautivo que mejor le convenía, mientras Yauán se iba embolsando los ducados.

– *Figlione* –le recomendaba a cada comprador–, te vendo a este musulmán con una condición: que le coloques bajo el yugo, al lado de un buey, para tirar del arado, y si me

¹ El “infierno”: una ironía del narrador.

desobedeces, ¡guárdate de la cólera de mis santos ancestros! ¡porque yo rezaré para que tu cosecha no crezca, y seas maldito por todos los santos y padres de la Iglesia!

Ante tal ganga, Yauán no tardó en deshacerse de todos los cautivos; pero cuando ya no le quedaba ninguno, a Bartacûsh, cuya inteligencia, digamos que no era de las más despiertas, le entraron unos tardíos escrúpulos de conciencia.

– Dime, *abbone*, ¿no es pecado tratar de este modo a las criaturas de Dios, rebajándolas a la condición de unas bestias de labranza? –le preguntó a Yauán.

– ¡Déjame en paz, imbécil! –le bufó Yauán– Además, ¿qué sabes tú de todas esas cuestiones? ¡Si para lo único que sirves es para frotarte el culo en la silla desde la mañana a la noche! ¡Por mi religión, cuando el *rey* de los musulmanes se entere de que los cautivos tiran del arado, en lugar de los bueyes, seguro que le da un ataque de rabia! ¡hasta puede que le reviente la vesícula biliar! O bien, invadirá Trípoli con su ejército y se armará una buena batalla. Y yo veré desde lejos correr la sangre de los bandidos de las montañas que cargarán gritando *wakbar*, *wakbar*¹, y cuando estemos ahitos de ver sangre, yo te llevaré conmigo y partiremos juntos a maquinar cómo prender la mecha de una nueva discordia para distraernos y refrescar nuestros corazones.

Volvamos de nuevo al perverso tabernero; éste había ido a avisar a Yauán de que el rey El-Zâher estaba en su figón, acompañado de Ibrahim y de Saad.

– ¡Mis ancestros no me habían engañado! –rebufó el maldito fraile–. ¡Venga, *babb*, coge tu montura y reúne a tus tropas: vamos a darles la bienvenida a esos *marfûs*!

Sin darse un respiro, Yauán salió disparado, seguido de Bartacûsh y del tabernero. El Príncipe y los soldados se fueron, pisándoles los talones. Pero, mientras tanto, el rey y sus compañeros habían acabado de comer y estaban a punto de marcharse.

– Dime, ¿adónde se ha ido tu patrón? –le preguntaron al pinche de cocina– Tenemos que abonarle la cuenta: ¿Cuánto se debe?

– Ah, yo de eso no tengo ni idea. Esperad un rato; el patrón va a volver de su casa enseguida, y le pagáis a él directamente.

– Da igual –le interrumpió Ibrahim–. De todos modos, como tenemos cuenta con él, ya se lo abonaremos mañana.

– Como gustéis, *ghandars*. ¡A más ver!

– ¡Por Dios, no me lo puedo creer! ¡pero qué cara tan dura! –suspiró Saad, escandalizado ante el proceder de su primo.

¹ Por “Allâhu âkbar” (Dios es el más grande)

Apenas habían dejado el figón, cuando Yauán y El Príncipe llegaron a todo correr, seguidos por una tropa de patricios que ocupaban todo lo largo del camino. El tabernero fue el primero que entró en su chiringuito... pero allí no había ni un alma.

– A ver, *marfûs*, ¿adónde se han ido los clientes? –le preguntó al pinche.

– Acaban de salir hace un momento; me dijeron que, como tenían cuenta contigo, te pagarían mañana. Si quieres alcanzarlos, todavía puedes hacerlo: se han ido por el zoco, por allí abajo.

– ¡Adelante! –gritó Yauán que había oído todo– Deprisa, *babb*, reagrupa a tus hombres y sígueme. ¡Por mi religión, es que solo con su olor les reconoczco: esta vez sí que les pillamos!

Galopando por las calles, les condujo hasta el caravasar a cuya puerta acababan de llegar el rey y sus compañeros.

– ¡Mirad, ahí delante, *ghandars*! –gritó de pronto Yauán– ¡Ahí están!: ¡el rey de los musulmanes, el hijo del Korani y el hijo del Doblete! ¡Al ataque! ¡El primero que lo agarre podrá pedir la recompensa que quiera!

Pero el vocerío del maldito fraile había alertado ya a Ibrahim.

– Rápido, bloquea la puerta del caravasar –le rugió a Saad– Hay que impedir que los mercaderes nos den con la puerta en las narices.

El joven Saad se lanzó rápido como una flecha; al verle llegar, blandiendo la *shâkriyyeh*, el portero y los mercaderes huyeron despavoridos. Aprovechando ese lapsus, los otros dos se precipitaron al interior del patio y cerraron las puertas a cal y canto; luego, fueron a echar una mano a Saad para liquidar al posadero y a los mercaderes, y en un momento tuvieron el caravasar para ellos solos, sin nadie que les espicara o pudiera pillarles por sorpresa. El edificio era amplio y alto, sólidamente construido con piedra tallada y protegido por altos muros: parecía una ciudadela.

El rey y sus dos compañeros subieron a las terrazas y comenzaron a arrojar pedruscos a los patricios que había delante de la puerta, forzándoles a retirarse a una buena distancia.

– ¡Traed leña, *ghandars*! –les bramó entonces Yauán–. ¡Vamos a hacer una hoguera!

Los patricios se afanaron, y, en un instante, una enorme cantidad de maderos y gavillas se amontonaron ante la puerta: habría más de cien quintales¹. Yauán se adelantó y encendió la hoguera; las llamas crepitando prendieron rápidamente, extendiéndose por todo el portón de madera, y una espesa columna de humo se elevó hasta la terraza.

– Mi rey, podríamos abrir la puerta e intentar forzar una salida –sugirió Ibrahim, siempre partidario de las soluciones extremas.

¹ El quintal (*qintâr*) en aquella época podría equivaler a unos cincuenta kilogramos.

– Eso no va a resultar –objetó El-Zâher–, la calle es demasiado estrecha, y no podremos maniobrar con los caballos. Además, si a esos infieles les da por apedrearnos desde las terrazas, estamos perdidos. Tú, Saad, ve a ver si encuentras algún sitio por el que pudiéramos huir, o un escondrijo donde ocultarnos: la puerta no va a tardar en ceder, y en cuanto entren los francos, no podremos resistirles por mucho tiempo.

Mientras Saad rebuscaba por todos los rincones, seguido del rey y de Ibrahim, de pronto, vieron a un monje, vestido con su *mâshuha*¹, saliendo apaciblemente de uno de los cuartos del caravasar.

– Oye, Saad, ¿de dónde ha salido ese? –exclamó el sultán– ¿Por qué no te lo has cargado?

– Pues porque no le había visto –respondió Saad–. Qué raro, ¿dónde se habrá podido esconder? Bueno, da igual, no se ha perdido nada por esperar.

Sacando su puñal, Saad se lanzó sobre el monje con la intención de degollarle; pero éste le detuvo de un grito.

– ¡Baja las patas, Saad! ¡Qué maneras son esas de tratar a tu viejo tío Yamâl El-Dîn Shîha!

– ¡Qué bien que estás aquí, Yamâl El-Dîn! –exclamó el rey, feliz ante esa buena sorpresa–. ¿Tienes algún medio para hacernos salir de aquí?

– No temas nada, oh, poderoso rey, todo está arreglado –le aseguró el Maestro de las Argucias–. Si tenéis a bien seguirme...

Shîha les guió hasta una habitación en la que se había practicado un agujero que perforaba la muralla; descolgándose por esa hendidura, pronto se hallaron fuera de las murallas de la ciudad. Alabando a Dios y respirando a pleno pulmón, pusieron a toda velocidad pies en polvorosa.

– Oye, Yamâl El-Dîn –le preguntó el rey una vez se hubieron alejado un poco– ¿Fuiste tú el que perforó la muralla? Pero antes, dime: ¿de dónde has salido? ¿y dónde te habías escondido?

– Pues verás, mi señor, resulta que ese agujero lo hizo un *fidaui* llamado Asem hijo de Arfid², y dedicado a la cría de gusanos de seda en su tierra; hace ya tiempo, vino a Trípoli para vender aquí el producto de su industria a un mercader franco que residía en este caravasar. Cuando el franco fue a pagarle, sacó un barrilillo lleno de plata, de donde cogió las monedas del precio acordado. Pero la visión de tanta plata despertó la codicia de Asem; así que la última noche perforó el muro, se deslizó hasta el cuarto del mercader y se apoderó de sus bienes, después de liquidarle. Cuando los habitantes del caravasar se

¹ Ropaje eclesiástico; término *siríaco*.

² Este personaje ya ha aparecido en *Paladín de Doncellas*, en donde le echaba una mano a su tío Nisr, uno de los que alentaron la rebelión de los ismailíes contra Shîha.

quisieron dar cuenta de lo que había pasado, fueron inmediatamente a poner una denuncia ante El Príncipe; pero el tabernero que os denunció se les había adelantado, y en el palacio no les hicieron ni caso, porque Yauán y El Príncipe ya se habían lanzado en vuestra persecución... Y, por cierto, el pinche de cocina del tabernero era yo. En fin, que cuando vi que estabais rodeados, me di una vuelta por la parte de atrás, y entré al caravasar por el agujero perforado en la muralla.

El narrador prosiguió con la historia...

Mientras tanto, la puerta del caravasar había ardido totalmente; los asaltantes apagaron el fuego y se precipitaron en el patio, en donde solo descubrieron cadáveres de mercaderes degollados. Muy inquieto, Yauán registró todo el edificio, y acabó por encontrar la brecha por donde se habían escabullido el rey y sus compañeros. De la rabia que le entró, comenzó a darse de bofetadas, pero su temperamento no tardó en devolverle a la calma.

– ¡Por mi religión! –exclamó– ¡Todavía podemos atraparles!

Rápidamente se lanzó tras sus huellas, seguido de los patricios, y no tardó en dar con Ibrahim y Saad, que se habían vuelto para recuperar sus caballos¹. ¡De ésta no te libras, hijo del Korani; hoy no te me vas a escapar! –vociferó el pérfido fraile.

Al ver que les habían cortado la retirada, el rey y el capitán Ibrahim montaron en sus caballos y cargaron valerosamente contra los infieles; pero, como se suele decir, “cuatro valen menos que nueve”; así que no tardaron en hallarse en una difícil situación y ante unos enemigos mucho más numerosos, y cuyo número iba aumentando de minuto en minuto, como una tormenta de granizos.

Pero cuando el rey y Saad estaban a punto de sucumbir, una densa polvareda se elevó de pronto en el horizonte, oscureciendo el cielo; pronto se dispersó, mostrando al ejército de Egipto que llegaba a la carga, comandado por el visir Shâhîn. En el acto se enzarzaron en combate, quedando las tropas de los infieles en inferioridad de condiciones, y empezando a ceder terreno. El sultán, al verse libre, se arrojó contra el enemigo con inusitado ardor, proclamando la gloria de Dios y sembrando la muerte a su paso. El combate se prolongó hasta la noche, y los tripolitanos, viéndose totalmente derrotados, corrieron en desorden a encerrarse tras las murallas de la ciudad, que pusieron inmediatamente en estado de sitio. El rey El-Zâher se retiró a la tienda que sus pajes le habían montado, y allí se reunió con el visir Shâhîn.

¹ Aquí tenemos una manifiesta incoherencia: todo sucede como si el narrador, dándose cuenta demasiado tarde de que Baibars y sus compañeros necesitaban caballos para escapar, intenta solventar este olvido *in extremis*.

– Mi querido visir –le dijo después de saludarle–, hoy si que se puede decir que has llegado justo a tiempo: ¡un minuto más, y habríamos pasado el peor momento de nuestras vidas!

Enseguida le contó al visir la encerrona que habían sufrido en el caravasar, y la providencial intervención de Shîha, gracias a la cual habían podido escapar. Poco después, el rey se retiró a descansar; pero, a la mañana siguiente, vieron que el agujero de la muralla por donde habían huido, había sido cegado durante la noche.



Próximo relato de “Jaque al rey de Roma”:

IX.11 – “Martín se desinfla”